

Lámina con dibujos de diversos útiles pulimentados y representaciones grabadas realizada por G. y A. De Mortillet (1881).

NUEVAS HERRAMIENTAS EN EL NEOLÍTICO: LAS HACHAS PULIMENTADAS



TERESA OROZCO KÖLHER
Universitat de València

La etapa de la Prehistoria que conocemos con el nombre de Neolítico supone la aparición y desarrollo de un nuevo modo de vida, una de cuyas innovaciones más destacadas es la adopción por parte de los grupos humanos de una economía sustentada en la producción doméstica de plantas y animales. Los cambios que ahora se inician no corresponden únicamente al ámbito económico, sino que también encontraremos cambios tecnológicos y socioculturales.

El proceso de neolitización, pues, sienta las bases de la economía tradicional, frente al modo de subsistencia de etapas anteriores, basado en la caza y la recolección de recursos silvestres.

Centraremos las páginas siguientes en presentar una de las novedades neolíticas: unas nuevas herramientas que se generalizan con el desarrollo de la agricultura, las hachas pulimentadas.

Las hachas pulimentadas se consideran piezas representativas de las fases neolíticas, puesto que es a partir de este momento cuando se generalizan en el registro arqueológico, aunque los gestos técnicos empleados en su fabricación son conocidos en etapas anteriores. Este repertorio de nuevos útiles no sustituye a los instrumentos de piedra tallada, antes al contrario los complementan, y su desarrollo se asocia a la realización de nuevas tareas.

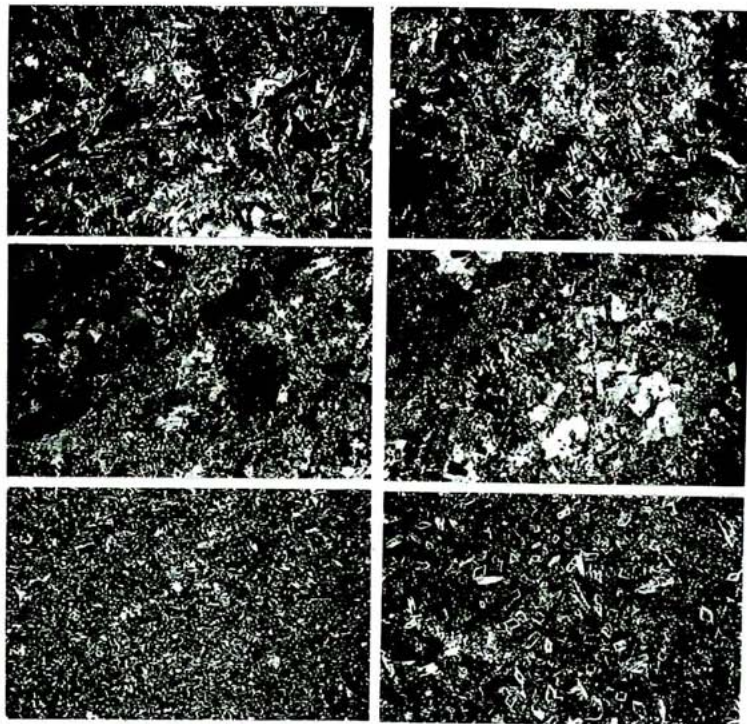
La característica de estas piezas líticas es su filo cortante, que en este caso se consigue puliendo la roca, con algún material abrasivo. El resto de la superficie del objeto no necesita estar pulido necesariamente, puede

estar únicamente piqueteado, o incluso presentar huellas de las primeras fases de transformación (talla).

La producción lítica de estas piezas supone diversas innovaciones. En primer lugar, la búsqueda y elección de la materia prima que se utilizará como soporte. Vemos que, con el desarrollo de la industria pulimentada, se amplía la variedad de litologías empleadas por los grupos humanos. Se busca para su fabricación rocas cuyos caracteres mecánicos (tenacidad, resistencia) difieren de los que presenta el sílex. Se utilizan, preferentemente, rocas de textura microgranuda y fibrosa: anfibolitas, diabasas, corneanas y sillimanitas son algunos de los tipos de roca que encontramos en el utillaje del mediterráneo peninsular.

Para la obtención de estos materiales las comunidades pudieron emplear dos sistemas: la explotación directa de las formaciones geológicas donde se localizan estos recursos, bien por medio de canteras, minas o recogiendo cantos transportados por los acuíferos, o también a través del intercambio con otros grupos humanos.

Los bloques o cantos seleccionados necesitan de una serie de transformaciones para convertirse en útiles. Tareas como el desbastado y preparación de esbozos, utilizando en ocasiones las técnicas de talla, son el siguiente paso. El piqueteado permite regularizar la morfología del objeto, a través de pequeños golpes en la superficie, y el pulido es la últi-



Visión en microscopio petrográfico de láminas delgadas de rocas empleadas en la fabricación de útiles de piedra pulimentada.



Reconstrucción de un útil pulimentado enmangado. Dibujo: A. Sánchez.

ma fase de su fabricación que, como se ha mencionado, puede aplicarse únicamente al filo cortante o a toda la superficie del objeto.

Estas piezas se utilizaron enmangadas, si bien en el registro arqueológico son escasos los ejemplos que conocemos de útiles completos. Madera, fibras vegetales y, en ocasiones, hueso, son las materias que conforman el mango. Los ambientes lacustres, donde se han conservado un buen número de testimonios, han permitido conocer la variedad de materiales y sistemas de enmangue de estos objetos.

La orientación del filo cortante en relación al mango nos indica funciones diferentes: así, en las hachas el filo presenta un perfil simétrico, y se dispone paralelamente al mango, como en las hachas actuales. Por otro lado, en las azuelas, el perfil del filo es asimétrico, y su disposición es perpendicular al eje longitudinal del mango). Estos son los tipos principales, aunque existe un amplio repertorio tipo-

lógico (cinces, escoplos, etc...). El tamaño que presentan estas láminas de piedra no es homogéneo, y se encuentran piezas de muy diversos tamaños, cuya utilidad puede ser muy variada: estas herramientas cortantes pueden servir para trabajar sobre una gran diversidad de materiales.

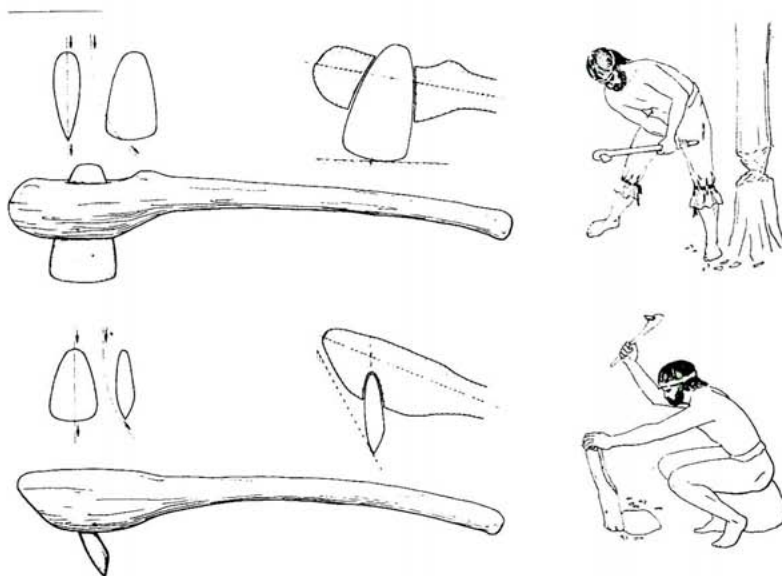
Se considera que estos instrumentos se emplearon en el trabajo de la madera. Así, las hachas debieron jugar un importante papel en la tala de árboles, mientras que las azuelas estarían destinadas a tareas de carpinte-

ría. Aunque las diferencias en el sistema de empuje permite suponer que desarrollaron diferentes usos, disponemos de ejemplos etnográficos que nos muestran la utilización indistinta de los empujes en láminas de piedra con ambos tipos de filo. De este modo, se conocen piezas líticas que morfológicamente responden a los caracteres de las denominadas

hachas, empujadas como azuelas, y viceversa. La razón por la que se adopta uno u otro sistema responde a las tradiciones culturales en las que participa la comunidad.

Las hachas se relacionan con las nuevas tareas que surgen con la adopción de la agricultura. El proceso agrícola comprende una serie de tareas que van desde la preparación del terreno y la siembra, hasta la cosecha del producto y su transformación.

El primer paso es la selección de la parcela donde se va a cultivar, y su acondicionamiento, despejando el terreno, talando los árboles que en ella existen. Los datos que ofrecen los estudios paleobotánicos muestran un retroceso de las masas boscosas coincidiendo con el desarrollo de la economía neolítica; ello se interpreta como resultado progresivo de la acción antrópica sobre el medio. La necesidad de espacios abiertos viene generada no solo por las explotaciones agrícolas sino también por las necesidades de terrenos de pasto para el ganado.



Los útiles pulimentados se relacionan con el trabajo de la madera, tanto en tareas de tala como en trabajos de carpintería.



Grabado rupiestre donde la escena representada corresponde a tareas agrícolas.

Una idea tradicional sobre la agricultura neolítica considera que estas comunidades emplearon la llamada «agricultura de rozas», itinerante, que consiste en talar los árbo-

les de la parcela, tras lo que se quema la leña y los troncos, cuyas cenizas se utilizan como abono para el terreno. Estas tierras de labor se agotan tras unos años de cosechas, y deben dejarse regenerar antes de volver a practicar su explotación. Este modelo, no obstante, no está suficientemente contrastado en el registro arqueológico, de tal manera que no podemos afirmar que fuera el sistema utilizado en esta zona por los grupos neolíticos, pues se considera más probable el uso de la rotación de cultivos como sistema para fertilizar y regenerar los campos.

La agricultura prehistórica que se desarrolló en el ámbito mediterráneo se basa en la combinación de plantas domésticas: cereales y leguminosas. En las etapas iniciales del Neolítico se desarrolla lo que se conoce como «agricultura intensiva de azada», en la que no se empleó el arado. Se explotan ahora los terrenos de mayor potencial agrícola, esto es, los suelos más fértiles, en zonas llanas o con escasa pendiente, cercanos a cursos de agua. Las tareas de siembra se realizan depositando las semillas en hoyos que se realizan por medio de layas o palos cavadores, o quizás también pudo utilizarse algún tipo de azada de piedra para labrar y remover el terreno. Es probable que algunos de los útiles que clasificamos como hachas haya servido para realizar esta función.

Los documentos arqueológicos más antiguos sobre la existencia del arado corresponden a fases más recientes, y son naturaleza variada: existen evidencias directas como son algunos arados de madera, recuperados en diversos contextos arqueológicos europeos o las huellas que dejaron estas herramientas en las tierras de labor, conservadas en suelos bajo

túmulos en el norte de Europa. Pero también disponemos de algunas evidencias indirectas entre las que podemos destacar las representaciones rupestres en las que aparecen arados (FIG).

Las hachas pulimentadas poseyeron, asimismo, un alto valor simbólico para las comunidades que se desarrollaron entre el Neolítico y la

Edad del Bronce. Estos grupos humanos participan de relaciones y contactos con otras comunidades situadas a menudo en regiones alejadas, tal como nos indican los bienes pulimentados.

Tradicionalmente se consideraba que las piezas de pequeño tamaño correspondían a elementos «votivos». Hoy día sabemos que existe una amplia variedad tipológica, y que muchos de los objetos de pequeño tamaño fueron utilizados.

Las hachas pulimentadas permiten, en buena medida, conocer cual es su distribución desde las zonas donde se obtiene la materia prima. A través de la aplicación de diversas técnicas de caracterización petrológica, se puede determinar el tipo de roca utilizado como soporte y, desde estos datos, es posible ensayar una aproximación a la localización de las formaciones geológicas donde afloran litologías similares. De este modo, es posible conocer la dispersión y circulación de estos objetos.

Una gran variedad de rocas son empleadas en la fabricación de las hachas pulimentadas. Los análisis realizados muestran la utilización de una variada serie de litotipos: diabasas, anfibolitas, sillimanitas, corneanas,...



Algunos útiles recuperados en Cova Bernarda (Gandia, Valencia)

son algunas de las rocas explotadas. De modo general vemos que existe un sistema de aprovisionamiento de recursos líticos basado en la explotación de determinadas áreas fuente del entorno, al mismo tiempo que se obtienen determinados recursos líticos a través de un sistema de intercambio con otras áreas, lo que se denomina aprovisionamiento indirecto.

Esta circulación de objetos que en algunos momentos (III milenio a.C) es muy intensa, no se interpreta como un sistema de intercambio de bienes de prestigio. Los materiales líticos intercambiados no son indicadores de cierto estatus social por parte del poseedor, pues son frecuentes en todos los contextos arqueológicos y suelen estar utilizados. El valor de estos objetos no reside únicamente en la rareza de su material, obtenido desde áreas remotas. Su circulación debe considerarse como un indicador de la existencia de relaciones entre grupos alejados, que refuerzan ciertas necesidades sociales comunes como pueden ser los lazos de parentesco.

Los primeros agricultores entierran a sus muertos en el mismo lugar donde viven. Será a partir del III milenio cuando empezamos a encontrar necrópolis, áreas destinadas de forma específica al mundo de los muertos, que pueden ser tanto cavidades naturales como construcciones arquitectónicas.

Los útiles pulimentados forman parte de los contextos funerarios. Estos bienes aparecen en los enterramientos, formando parte de los ajuares que se depositan junto a los inhumados. Estudios recientes realizados en el Estuario del Tajo (Portugal) muestran que, en ocasiones, las hachas depositadas como ofrenda corresponden a piezas elaboradas ex profeso para esta finalidad, realizadas sobre otro tipo de roca, y que no fueron utilizadas.

Aún estamos lejos de comprender totalmente el valor de estos objetos en la Prehistoria Reciente. Herramientas de la vida cotidiana que también son parte de las ofrendas funerarias, cuya consideración va más allá del útil, que debieron tener un significado simbólico en el pensamiento y el mundo ritual de estas poblaciones .